

Sobre los arcaísmos de Aulo Gelio

María Felisa DEL BARRIO VEGA

Universidad Complutense de Madrid

La aparición de un grupo de escritores fuertemente atraídos por la literatura y la lengua arcaicas, entregados a la búsqueda de la palabra antigua y desusada que rescatan del pasado para dar a su obra el colorido de la lengua de antaño, caracteriza de algún modo la literatura latina del siglo II. Se persigue con ello, en definitiva, un efecto de novedad en el lenguaje, que algunos de estos escritores tratan de conseguir con lo que, al fin y al cabo, logra el mismo resultado por una vía contraria: la acuñación de neologismos.¹

En la prosa, maestro del nuevo estilo es Frontón, perteneciente al mismo mundo literario, y discípulo suyo además, Aulo Gelio parece seguir también estas tendencias arcaizantes.

La lengua de este período literario en general, y la de algunos de sus representantes más destacados, Frontón y Gelio en concreto, ha sido especialmente estudiada por R. Marache², a la obra que dedica al estudio del léxico en Frontón y en Gelio³ nos referiremos repetidamente en las siguientes páginas. En ella presenta el autor una relación casi exhaustiva de los arcaísmos y neologismos en ambos escritores, al tiempo señala

¹ Sobre este punto, entre otros manuales, pueden consultarse el de Rostagni, *Storia della letteratura latina*, Turin, 1964, vol II, cap XI, en especial las pp 299-300, Paladini-Castorina, *Storia della letteratura latina*, vol I, Bolonia, Ed Patron, 1969, pp 414-416, y M Fuhrmann, *Literatura romana*, Madrid, Gredos, 1985, pp 405-410.

² Cf R. Marache, *La critique littéraire de langue latine au II siècle de notre ère*, Rennes, Philon, 1952, al mismo autor se debe la edición y traducción francesa de la obra de Gelio, *A Gellii Noctes Atticae*, Paris, Les Belles Lettres. Otros trabajos son B. Baldwin, «Studies in Aulus Gellius», Lawrence, Kansas Coronado Press, 1975, y Valmaggli, *Quaestiones Frontonianae*, Ivrea, 1889. Para una bibliografía más extensa, remitimos a la obra de R. Marache que aparece citada en la nota siguiente.

³ Cf R. Marache, *Mots nouveaux et mots archaïques chez Fronton et Aule-Gelle*, Presses Universitaires de France, 1952.

la conexión que existe entre estos dos tipos de palabras y su uso conjunto en estos autores. Creemos, no obstante, que del examen de los datos podría deducirse alguna conclusión distinta, o, en todo caso, matizar en un sentido distinto las de R. Marache.

Para él, que parte de la caracterización que generalmente se hace de la literatura del siglo II a la que someramente nos referíamos al comienzo, los arcaísmos que aparecen en Gelio —bien pocos en relación con los neologismos— son el reflejo de la especial atención que los llamados arcaizantes —Fronton y con él su discípulo Gelio— prestan al vocabulario extraordinario, y que se concreta en su gusto por la palabra rara, fuera de uso, que acompaña y deriva, al tiempo, de su gusto por la literatura antigua. Para Fronton el escritor de genio es el que maneja «*verba insperata et inopinata*», en esto Gelio sigue fielmente a su maestro⁴. La lengua arcaica, sobre todo la de Plauto y Catón, era una fuente inagotable de palabras fuera de uso —en época de Gelio, se entiende. Además, continua Marache, lo que caracteriza el período arcaico desde el punto de vista lingüístico es la enorme libertad en la innovación verbal, sería éste un atractivo más que la lengua arcaica podía ejercer sobre estos escritores aficionados a la creación de términos nuevos. Una duda se nos plantea ya en este punto: si efectivamente Gelio acude a estos arcaísmos (plautinos) en una labor de rescate de la rareza léxica, o si su empleo combinado con esta afición al neologismo tiene un sentido distinto. Sobre ello volveremos. En cualquier caso, conviene considerar el hecho de que los arcaísmos de Gelio apenas salpiquen su obra, y que en cambio los neologismos, en número mucho mayor, la inundan. Sigamos, por el momento, el curso del estudio de R. Marache.

Al referirse a los neologismos, señala el autor cómo normalmente se ajustan a las tendencias vivas y populares de la lengua en la formación de nuevas palabras. Ofrece una útil clasificación de los mismos, a la que nos remitimos⁵. Vamos a recordar solo algunos de los tipos principales:

- abundancia de formaciones, con libertad ilimitada, a base del preverbo negativo *-in*,
- abundancia de diminutivos en *-culus*, *-ulus*, *-ellus*, etc ,
- abundancia de formaciones nominales en *-tio* (nombres de acción) y sus correspondientes en *-tor* (nombres de agente),
- abstractos en *-(n)tia*, en *-tura*,
- nombres en *-torius* y en *-arius*,
- adjetivos en *-bundus* y *-ulentus*, *-icus* e *-icius*,

⁴ Cf R. Marache, *Mots nouveaux* , p. 10. Estas palabras de Fronton están en una carta del maestro a su discípulo el emperador Marco Aurelio, que volveremos a citar en la nota 21, a la que remitimos. El párrafo al que pertenecen dice: «*Quom tamen in omnibus eius orationibus paucissima admodum reperias insperata atque inopinata verba, quae non nisi cum studio atque cura atque vigilia atque multa veterum carminibus memoria indagantur*».

⁵ Cf R. Marache, *Mots nouveaux* , para Gelio en concreto, pp. 106-262.

- gran cantidad de verbos frecuentativos,
- nuevos adverbios, etc ,

todas ellas formaciones vivas en la lengua común del momento, en progresivo auge, y vivas y productivas todavía muchas de ellas, incluso algunas que R. Marache da como muertas, en algunas de las lenguas romances⁶

Aunque reconoce Marache que los neologismos de Gelio coinciden con las tendencias vivas de la lengua, cree que tal coincidencia —y es en este punto donde queremos discrepar— deriva de la práctica de Gelio, inspirada en Frontón, de acuñar palabras nuevas sobre el modelo de las arcaicas, tan caras al escritor, y dar así a su lengua un colorido raro e insólito «El gusto por la anomalía, el horror por lo cotidiano, lo común, la afición a las palabras extraordinarias» de estos escritores arcaizantes, afirma Marache, muestran que no tenían conciencia de la libertad innovadora que preside sus neologismos, la misma que presidía las innovaciones del período arcaico, lo que hacen, a despecho de sus principios, es precipitar la evolución natural de la lengua, al romper con la del período clásico⁷

Y sin embargo, ¿hasta que punto es real este intento de ruptura con la lengua clásica —independientemente de que efectivamente ocurra—, al menos en Gelio, que en ocasiones elogia como lengua modélica la de Cicerón, por quien siente una admiración profunda, y defiende a Virgilio de sus detractores?⁸ Creemos que habría que preguntarse si efectivamente los neologismos de Gelio son la consecuencia de un afán, exagerado, por la rareza léxica, dado que en él arcaísmos y neologismos pertenecen a unos mismos tipos de formaciones verbales, habría que preguntarse también si no será ello, quizá, porque ambos responden a las preferencias de la lengua común, con características similares en la época arcaica y tardía, y esto por la sencilla razón de que los testimonios que conservamos de la lengua hablada corresponden en su mayoría a estos dos períodos, a diferencia del período clásico, representado casi exclusivamente por la lengua literaria, sin que ello suponga una interrupción de las tendencias llamadas vulgares, aunque sí en parte su freno

Los neologismos de Gelio son —como señala R. Marache— creaciones ocasionales, pero, precisamente por ello —añadimos nosotros—, están motivados por una necesidad expresiva momentánea, sin plena conciencia por parte del escritor de estar creando un término nuevo, o, en todo caso, sin intención de hacerlo guiado solamente por el prurito de la novedad. Todos los neologismos de Gelio están formados valiéndose de procedimientos vigentes en la lengua hablada, y, aunque el resultado sea efec-

⁶ Baste pensar sólo en las formaciones en -tura, tan activas en castellano, de las que Marache (*op cit*, p. 161) dice que se trata de un procedimiento apenas vivo en latín

⁷ Cf. R. Marache, *op cit*

tivamente una palabra nueva, lo es dentro de unos límites, porque se ajusta a las posibilidades que le ofrece la lengua en ese momento. Son palabras nuevas, pero forjadas mediante mecanismos de derivación verbal vivos y productivos, como determinados prefijos y sufijos, de la misma manera que la lengua propia, en cualquier momento, ante una determinada necesidad expresiva, nos ofrece a sus hablantes una serie de procedimientos de innovación léxica (piénsese en el castellano, por ejemplo, la libertad casi ilimitada de derivación de verbos en *-ear*, incluso a partir de vocablos importados de otra lengua, como «flirtear», nombres de agente en *-ista*, como «doblista» sobre «tenista», superlativos con el sufijo *-ísimo* extendido incluso a sustantivos, y a adverbios, como «por supuestísimo», o mediante el preverbo *super-*, añadido a cualquier adjetivo «superbueno», «superfacil», etc.)

Los neologismos de Gelio, que quizá no fueran exclusivamente suyos, sino patrimonio de la lengua común de su época, pueden responder, insistimos, no a un gusto por la palabra extraña, sino más bien a lo contrario dejarse llevar por la inclinación de escribir con espontaneidad y soltura, de hacerse asequible y ameno, consecuentemente con el propósito con que el autor escribió su obra, según él mismo declara en su prefacio.⁹ Es más, en algún momento Gelio, tentado a forjar un término realmente nuevo y extraño a la lengua, parece retraerse ante lo que sería un exceso de atrevimiento, en una circunstancia justificada por la necesidad de un término latino inexistente para la traducción de otro griego. Nos referimos al capítulo XX del libro I de las *Noches áticas*, al definir determinadas figuras geométricas, dice al referirse a la línea «*Linea*» *autem a nostris dicitur, quam γραμμὴν Graeci nominant Eam M Varro ita definiit "Linea est" inquit "longitudo quaedam sine latitudine et altitudine" Εὐκλείδης autem brevius praetermissa altitudine "γραμμὴ" inquit "est μήκος ἀπλατές", quod exprimere uno Latine verbo non queas, nisi audeas dicere "inlatabile"»¹⁰*

Pero volvamos ahora a los arcaísmos. No nos parece casual que los arcaísmos que aparecen en Gelio, con excepción de los que además son términos técnicos y que emplea por necesidades prácticas evidentes, respondan a tendencias vivas en la lengua popular y que por ello sean la mayoría plautinos, algo significa —creemos— que no haga uso, en cambio, de otros arcaísmos, también plautinos, pero extraños a la lengua viva ya en

⁸ Cf. Aulo Gelio, *N A*, edición de P. K. Marshall, Oxford, 1969, vol. I, libr. I, 7, XII, 12, XIII, 1, XVII, 5, donde trata de Cicerón, sobre Virgilio habla en el II, 6 y V, 8. En adelante, cuando remitamos a la obra de Gelio, lo haremos sirviéndonos de la edición oxoniense que acabamos de citar.

⁹ Cf. Aulo Gelio, *N A*, *praefatio* que comienza con estas palabras: «*iucundiora alia reperiri queunt, ad hoc ut liberis quoque mers partae istiusmodi remissiones essent, quando animus eorum intermissione aliqua negotiorum data laxari indulgerique potuissent*»

¹⁰ Cf. A. Gellii *Noctes Atticae*, vol. I de la edición ya citada.

época de Plauto, que por ello más, podrían dar a su lengua ese sabor arcaico, supuestamente buscado

Además, estos términos que aparecen en autores arcaicos como Plauto, y que vuelven a aparecer en Gelio, pretendidamente como arcaísmos, es, al menos, dudoso que fueran para éste palabras efectivamente fuera de uso. Que algunos de ellos estaban vigentes y que vigentes pasaron de Plauto a Gelio —aunque no los encontremos en la época clásica por razón del carácter plenamente literario de los testimonios lingüísticos que de este período nos han quedado—, lo prueba su pervivencia en parte de las lenguas romances, en concreto en castellano, al que nos vamos a referir casi exclusivamente. Estos términos son

vacivus aparece en Gelio en *NA*, I, 22, 10, es un adjetivo usado anteriormente por Plauto (por ejemplo en *Cas*, 596 y *Bachh*, 154) y por Terencio (*Heaut*, 90)¹¹. De él deriva, y no de la forma clásica *vacuus*, el adjetivo castellano «vacío»

fabulari no incluido en la relación de arcaísmos de R. Marache como tal, aparece en Gelio (por ejemplo en *NA*, I, 10, 18, y II, 22, 5), este verbo aparece usado con profusión por Plauto y Terencio (por ejemplo *Pl*, *Mil*, 371, *Truc*, 181, *Men*, 324, y *Ter*, *Hec*, 316), aparece también en Frontón (*Non*, 463), Apuleyo (*Flor*, 24) y Suetonio (*Cal*, 22). Aunque también aparece en época clásica, su uso es restringido y no se emplea con el valor neutro de *loqui*. Aparece una vez en Livio, otra en Seneca, dos en Marcial y una en Quintiliano. Sin embargo, debía de ser frecuentemente empleado en la lengua popular, como lo demuestra el que se haya conservado en parte de la Romania, como en el gallego *falar* o el castellano «hablar», frente a las lenguas donde se han conservado resultados de la forma tampoco clásica *parabolare*.

pettitus sustantivo de la cuarta declinación que, con sentido análogo a *petitio*, aparece en el latín postclásico, como en Gelio (*NA*, XVIII, 3, 6), y también en Apuleyo (*De Mag*, 45 *al*) y en algunas inscripciones (cf. Henzen, 6473). El empleo de esta forma con valor de sustantivo se ha conservado en el castellano «pedido», además de adjetivo, sustantivo también.

ingeniatus aparece en Gelio en *NA*, XII, 1, 7, también aparece este adjetivo en Plauto (*Mil*, 731) y, más tarde, en Apuleyo (*Flor*, 18, 68). Una forma correspondiente tenemos en el castellano «ingeniado», participio del verbo «ingeniarse», posiblemente derivado secundariamente de él.

inceptare en Gelio en *NA*, I, 9, 6, aparece este verbo también en Plauto (*Curc*, 144, *Amph*, 7, y *Truc*, 130) y en Terencio (*Formio*, 629, *Andria*, 925, *Eunuchus*, 1025, y *Heaut*, 600 y 734), posteriormente aparece también en la *Historia Augusta*, en la vida de Heliogabalo (28, 6). Se ha conservado este verbo en la forma castellana «encentar» (también, con el mismo sentido, «decentar»), que el *Diccionario etimológico*

¹¹ En este punto remitimos, para una información exhaustiva en relación con el empleo de los términos en cuestión por parte de los distintos autores latinos, a los diccionarios *The-saurus Linguae Latinae* y a Forcellini, *Lexicon totius latinitatis, sub vocibus vacivus, fabulari, pettitus, ingeniatus, inceptare y blaterare*.

gico de Corominas da como comun también al gallego y al catalan¹²

deblaterare en Gelio en *NA*, I, 2, 6, y IX, 15, 10, aparece en Plauto (por ejemplo en *Aul*, 268) y en Lucilio, d *Non*, 96, 10, la forma simple *blaterare* aparece en Apuleyo (*Meth*, IV, 24) y en Afranio (*Com*, 13, 195) También aparece en Gelio (*NA*, IV, 1, 4) una forma *blature*, usada por Plauto (*Amph*, 626, *Curc*, 452, cf *Non*, 44, 11) El verbo simple *blaterare* aparece en época clásica, usado por Horacio, pero precisamente en su obra de carácter más coloquial (las *Sátiras*) aparece una forma *blateras* en *Sat*, II, 7, 35 Según Paulo Festo, el verbo significa «hablar a lo loco» y deriva del griego βλαξ-ακός, estúpido¹³ Pensamos que este verbo puede estar relacionado con el castellano «charlar», si la relación desde el punto de vista semántico es clara, presenta problemas desde el punto de vista fonético La forma castellana «charlar» suele hacerse derivar de la italiana *ciarlare*¹⁴ la relación es evidente, pero a su vez el origen de la forma italiana es oscuro y se la relaciona con una forma sarda actual, *ciarrare*¹⁵, paralela a la forma del antiguo aragones *charrar* y del catalán *xerrar* (en valenciano *xarrar*) Estas formas, la del sardo, antiguo aragones y catalán, creemos que podrían proceder de la forma latina *blaterare*¹⁶, en cuanto a la forma *ciarlare* del italiano puede derivar de la forma sarda *ciarrare*, según explica García de Diego¹⁷, con un cruce con *parlare*, creemos que lo mismo puede decirse para la forma castellana «charlar», bien proceda directamente de la forma latina, bien a través del italiano¹⁸

¹² Cf Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, sub voce «decentar»

¹³ Cf Sextus Pompeius Festus, *De verborum significatu quae supersunt cum Pauli epitome*, 30, Paris, Ed Teubner, 1965, p 3 «*blaterare est stulte et praecipide loqui, quod a Graeco originem ducit Sed et camelos, cum voces edunt, blaterare dicimus*» Cf también Forcellini, *Lexicon*, donde se lee «*teste P Diac, p 34, 2 "cameli, cum vocem edunt, blaterare dicuntur", et apud Sidon 2 Epist 2 post med ranae, est vox comicorum aut irridentibus propria et significat stulte et percipide loqui, mani loquacitate obtundere*» Para L Havet (*MSL*, 6, 233) es una antigua formación en -l- sobre *blatellare* (cf *sibilare, cuculare*) onomatopéyica, y del mismo modo *blature*, que significa 'ladrar' Por último remitimos a Du Cange, *Glossarium mediae et infimae latinitatis*, donde se lee «*blas=stultus, inde blaterare stulte loqui*»

¹⁴ Cf Corominas, *Diccionario*, sub voce «charlar»

¹⁵ Cf Corominas, *Diccionario*, y García de Diego, *Diccionario etimológico español e hispánico*, sub voce charlar»

¹⁶ *blaterare* ha podido sufrir una sincopa de la *e* breve pretonica, con posterior asimilación del grupo consonántico resultante, para la evolución del grupo inicial de oclusiva labial más líquida a una constante palatal africada sorda /tʃ/, puede pensarse en los resultados en gallego de este grupo consonántico, por ejemplo *plicare* > «chegar» frente al castellano «llegar», *plorare* > «chorar» frente al castellano «llorar» Aunque en estos casos en castellano encontramos, normalmente, una fricativa palatal /tʃ/, no es extraño del todo el resultado /tʃ/, que se observa en algunos casos, como por ejemplo, en interior, en «ancho» < *amplum*, y también en inicial, «chopo» < *poplum*, con metatesis de la líquida

¹⁷ Cf García de Diego, *Diccionario*, sub voc «charlar» El cruce se explicaría fácilmente por la proximidad semántica de ambos verbos, y con mayor facilidad aun en el caso del italiano y del catalán, que han conservado la forma derivada de *parlare*

¹⁸ Cf Corominas, *Diccionario*, el problema principal para la evolución del castellano «charlar» a partir del latín *blaterare*, está en la aparición tardía de la forma castellana en

Los arcaísmos a los que hemos dedicado en las líneas anteriores nuestra atención, no son, ni mucho menos, todos los que aparecen en la obra de Gelio, pero el que se hayan conservado resultados de ellos en alguna de las lenguas romances nos parece suficiente motivo de reflexión. Hay otros arcaísmos que, evidentemente, se han perdido, pero lo han hecho arrastrados por la desaparición completa de todas las palabras latinas de idéntica formación, como es el caso de los adverbios en *-(i)ter*. Admite R. Marache que, en el caso de los neologismos, no podemos saber con certeza si realmente son tales o si se trata más bien de arcaísmos que sobrevivieron hasta la época de Gelio, pero que no conocemos por otra fuente, pues bien, ¿por qué no pensar que algunos de los supuestos arcaísmos de Gelio, que no han pervivido en las lenguas romances, sí habían llegado hasta nuestro autor como palabras en uso, que luego tuvieron peor fortuna que otras?

Muy distinto es el grupo de los arcaísmos procedentes de los analistas, de Catón o de Varrón, fuera de uso efectivamente en época de Gelio o con su valor semántico cambiado, que él introduce en sus *Noches áticas*, pero no engarzados con su prosa sino como objeto de su comentario, aquí es donde se nos muestra Gelio cazador de rarezas léxicas, de palabras en desuso o de usos extraños de palabras, pero no para adornar con ellas su estilo sino para glosarlas, dentro de esa tarea de anticuario que en parte se ha propuesto Aulo Gelio ama profundamente la literatura antigua y admira a sus autores, constantemente acude a ellos y se demora en sus peculiaridades lingüísticas en este sentido Gelio sí es un arcaizante. Pero estilísticamente, ya lo hemos dicho, parece admirar sobre todo a Cicerón y el clasicismo que el representa.

Todas estas reflexiones en torno a una parte del vocabulario de la obra de Gelio, que hasta aquí hemos expresado con mayor o menor acierto, brotaron de la sorpresa que nos produjo la lectura de un capítulo de la propia obra que nos ocupa, el capítulo 10 del libro I de las *Noches áticas*. Vamos a recordarlo ahora.¹⁹

X Palabras con que el filósofo Favorino increpó a un joven que hablaba de un modo en exceso vetusto y anticuado

El filósofo Favorino a un joven demasiado aficionado a las expresiones antiguas, y que en las conversaciones más cotidianas y comunes soltaba gran cantidad de palabras excesivamente antiguas e inusitadas, le dijo «Curio, Fabricio y Coruncanio, hombres de un pasado remotísimo, y aquellos trillizos Horacios, más antiguos que ellos, conversaban con los suyos llana y claramente, y hablaban con palabras de su propia epo-

los textos, lo que hace más verosímil que el término castellano se haya derivado no directamente del latino, sino del italiano *ciarlare*

¹⁹ La traducción que ofrecemos del texto de Aulo Gelio se basa en el texto latino ofrecido por la edición oxoniense de Marshall, vol. I, p. 57. En el mismo sentido puede añadirse el cap. XII del libro III.

ca y no de la de los aruncos o los sicanos o los pelasgos, que se dice fueron los primeros en habitar Italia, tu, en cambio, como si hablaras hoy en día con la madre de Evandro, haces uso de un lenguaje desusado ya desde hace muchos años, porque lo que quieres es que nadie sepa y se entere de lo que dices ¿Por que no te callas, necio, y consigues así con creces lo que pretendes? Pero dices que te gusta la antigüedad porque era honorable, virtuosa, sobria y moderada Vive entonces según las costumbres de antaño, **pero habla con palabras de hoy** y ten siempre presente en tu memoria y en tu corazón lo que escribió C. Cesari, hombre de talento y prudencia descolantes, en el libro I *Sobre la analogía* de modo que "huyas de la palabra insólita y rara como de un escollo" »

Podrá objetarse que no es el propio Gelio quien recrimina a este joven, sino su amigo el filósofo Favorino de Arles pero a nadie se le escapará la solidaridad del autor con las palabras de su contertulio, la ironía divertida con que recuerda la anécdota y el tono burlesco en que se refiere al protagonista. Se podrá recordar, además, como en múltiples ocasiones Gelio nos transmite opiniones y consejos de su amigo, que él acepta como los de un maestro²⁰. Después de dejar sentado que una cosa, muy loable, es amar las costumbres de antaño y tratar de emularlas, y otra, ridícula, pretender seguir hablando como entonces, acaba el capítulo trayendo a la memoria unas palabras del *De analogía* de Cesari que Favorino ofrece como un último consejo a tan rancio joven, y que citadas por Gelio no pueden ser más elocuentes.

Se hace por lo menos difícil, pensar que Gelio fuera a caer en el mismo defecto que critica, que, al escribir, se dejara arrastrar por el encanto que pudiera ofrecer la búsqueda de la palabra rara e inusitada con que distinguir su prosa, por más que así lo enseñara su maestro Frontón, quien, por otra parte, debía de ser partidario al menos de la moderación, y así en algún lugar²¹ aconseja a su discípulo Marco Aurelio

«Te felicito pues, efusivamente, porque pones cuidado y atención en sacar de lo escondido una palabra y emplearla conforme a lo que se ha

²⁰ Son muchos los capítulos en los que Gelio nos transmite opiniones de Favorino sobre los más diversos temas, bien de forma indirecta, bien haciendo que las exprese el propio filósofo a lo largo de una conversación. Así en II, 5, donde expone las diferencias entre Platón y Lisias, en II, 22, sobre los vientos, en II, 26, donde Favorino y Frontón disertan sobre los colores y sus nombres, en IV, 1, donde aparece Favorino dejando en ridículo a un gramático presuntuoso, en VIII, 14, titulado «*lepidissima altercatio Favorini philosophi adversus quendam intempestivum de ambiguitate verborum disserentem*», en IX, 8, «*deque ea re Favorini philosophi cum brevitate eleganti sententia*», en XI, 1 conocemos la opinión de Favorino respecto a la conveniencia de la lactancia natural en XIV, 1 le oímos argumentar contra los caldeos, en XV, 2 nos habla sobre el oficio y los deberes de un juez, en XV, 8 sobre el lujo de las comidas en XVII, 10 sobre unos versos de Virgilio, en XVIII, 1 se nos presenta la discusión entre un estoico y un peripatético, arbitrada por Favorino, en XVIII, 7 arremete contra «*intempestivum quendam de verborum ambiguitate quaerentem*». Si hemos sido tan prolijos en este punto, ha sido para dar una muestra bien clara de hasta qué punto la obra de Gelio está llena de los pareceres y consejos del filósofo de Arles.

²¹ Carta de Frontón a Marco Aurelio IV, 3, 3 de la edición de Loeb Cambridge, 1962.

de expresar Pero, como dije al comienzo, hay en ello un gran peligro el colocarla no muy apropiadamente o de forma poco brillante y con no suficiente elegancia, como hacen los que presumen de cultos, **pues es mucho mejor utilizar palabras vulgares y corrientes antes que recónditas y rebuscadas, si apenas se gana con ello en expresividad »**